

LA TERTULIA.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES E INDUSTRIAS

TOMO III.—NUMERO 7.

Suscripcion mensual.—Un Venezolano.

CARACAS, ENERO 8 DE 1875.

CONTENIDO DE LAS MATERIAS DEL PRESENTE NUMERO.

	PÁZ.		PÁZ.
APEZCHERA Y JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.—Cecilio Acosta	97	Juan Piñango Ordóñez	103
CRÍTICA LITERARIA.—José Antonio Calcaño	99	A MI HIJA, DORMIDA.—Domingo S. Ramos	107
LAS NOCHES FLORENTINAS.—Henrique Heine	102	DON CARLOS (Trajedia.)—Traducción libre	108
LUCHAS DINÁSTICAS (novela.)—Traducción por		LA CRÍTICA.—Nemo	111
		MOVIMIENTO LITERARIO.—Los Editores	112

CARACAS.

IMPRENTA DE ESPINAL E HIJOS.

1875.

LA TERTULIA.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES É INDUSTRIAS.

EDITORES.—JUAN PIÑANGO ORDOÑEZ.—RAFAEL CHIRINOS.

ADMINISTRACION JENERAL—CALLE DE LAS CIENCIAS, ESQUINA DEL MERCADO.—IMPRENTA VENEZOLANA.

APEZCHEA Y JOSE ANTONIO CALCAÑO.

HALLAZGO.

Así puedo llamar el que me ha proporcionado la lectura de *La Epoca* de Madrid, fecha 17 de Noviembre último, en la cual aparece el juicio que mi distinguido compatriota señor José Antonio Calcaño, hace sobre la traducción en octavas reales de los libros I y VI de la Eneida, que acaba de publicar el célebre Académico español Ilustrísimo señor Don Fermín de la Puentz y Apezchea.

Ya el solo nombre de estos escritores, ambos americanos y amigos, es anuncio de novedad, y circunstancia que previene en su favor, porque se acuerda uno de sus lauros literarios, y sabe que no pueden salir sino bellezas de su pluma.

Traducir á Virgilio es empresa que pocos, entre tantos, han llevado á cabo con fruto, así por la textura del latín, de cuyas formas severas, labradas, puede decirse, á martillo y redondeadas por el arte, es difícil extraer sin maltratar el pensamiento; como por la indole que constituye el talento del Autor, todo él delicadeza, la cual puede encarnar una vez en el idioma propio, para infundirle colores ineftables y contornos bellos, que casi no se pueden después reproducir, y que son como el polvillo de la mariposa, que no está bien sino en sus alas, ó como los arreboles que produce el sol, que no están bien sino en las nubes; á lo que se agrega, para hacer mas desesperante el empeño, que esa misma ternura ha debido dar cierto tono de corrección fina, cierta majestad de buen gusto, si regia, á la trompa épica con que el Mantuano canta las ruinas de Troya, la peregrinación de Eneas, las tempestades del mar, los amores de Dido y las sanguinarias guerras de Turno.

TOMO III.

Para prueba de lo que digo, me bastaría citar de la Eneida el libro II, obra de talla, puede decirse gigantesca, en que los huecos parecen abiertos por las pisadas de los héroes, y el alto relieve ser el lugar desde donde los dioses paganos, con rabia olímpica, animaban al choque y destrozo de dos imperios y al aniquilamiento de dos civilizaciones, para dejar ver después en Italia, como una ley del Hado, el germen del valor latino y el alto origen de la triunfadora Roma. No hay modelo de estilo mas acabado que éste: la majestad en él se nota asociada con la gracia, la sublimidad con la belleza, el tinte sobrio con los colores arrebatados del estro; y á él es que acude la plástica para sus formas, el arte para sus reglas, y el genio para ostentar las galas de sus triunfos.

Todo es aquí magnificencia. El fondeadero y el campamento de los Griegos, es decir, el teatro de mil prodigios epicos, el espacio donde ha podido caber y obrar todo el ejército de Agamenon y la movilidad y la colera del hijo de Peleo, lo describe Virgilio con dos pinceladas no más:

*Hic Dolopum manus, hic scerus tendebat Achilles;
Classibus hic locus; hic acies certare solebant.*

En dos versos, toda la Iliada.

Héctor, aconsejando la fuga á Eneas, que le ve en sueños, no pierde la oportunidad para definirse á sí propio, con un orgullo que es nobleza, con una nobleza que es lealtad á su raza, y con la conciencia de un valor que sólo ha podido ceder al destino:

*Si Pergama dextra
Defendi posseant, etiam hic defensa fuissent.*

Las tinieblas cubren á la ciudad condenada á perecer, con una espesura que espanta, y casi se las mira extenderse y cerrar:

Nox atra circumvolat umbra.

Ayax, hijo de Oileo, á quien no hartaba la sangre, es *acerrimus*, y el que había de ser el matador de Priamo, se presenta á la entrada del palacio así:

**Vestibulum ante ipsum primoque in limine Pyrrhus
Evoluit, tellus et luce coruscus abena.**

Para expresarse que la muerte está en todas partes, y la salvación en ninguna, se dice meramente:

plurima mortis imago.

Y el derribar de las puertas, el desencajar de los quicios y la ocupación instantánea de la residencia real por las tropas de los Danaos, en otros casos materia de un libro, aquí lo es de pocas palabras:

**slabat ariste crebro*

Janus, et emoti proemebunt cardine postes.

*Fit via y: rumpit aditus, primosque trucidant
Inimici Danai, et late loca milite complent.**

Perécèle á uno ver una inundación que rompe y entra.

No hay para qué multiplicar los ejemplos de un libro en que todo es admirable; y si alego los que copio, es para hacer resaltar el afán que es, y cuánto laurel da, poner á Virgilio sin afeiarlo, y mucho más cuando es con las dotes que él tiene, en lengua extraña.

Queda por decir, para agravar, si cabe, la dificultad, la que hay en verter las obras monumentales del ingenio, que no sabe descansar el pié sino en las cumbres, y al cual es menester seguir, como que sus producciones son su carácter, en su impetuoso vuelo.

Con esto es fácil concluir, si la traducción no ha de quedar en mero ejercicio de gimnástica, que el traductor ha de poseer un gran caudal de imaginación y de ciencia, ha de manejar bien uno y otro idioma, y hasta ha de tener una perspicacia especial, para ver por entre la corteza de las formas, para otros opaca, y áun para ver en la corteza misma, que es epidermís, el arranque, el movimiento, los afectos, las pasiones, y la naturaleza íntima del libro que traduce.

Oso por último agregar, como opinión puramente personal, y con el temor que abrigo de que no parezca bien á los demás, que la filosofía gentilica de los romanos, aficionada de suyo á un destino ciego, hubo de dar á las obras de ingenio y arte, cierta especie de rigidez granítica, cierto linaje de belleza sabia, pero muda e inmóvil, que cabía bien en una lengua como el latín, de formas geométricas y puras, él mismo expresión y reflejo de su tiempo; pero que es arduo representar, si no es con fatiga y sobreentiendo, en los idiomas cíclicos vivos, que se nutren con sentimientos cristianos, y que tienen el colorido, no sólo de una Providencia que vela, sino de una economía en que la oración mueve y el mérito logra, poniendo hasta cierto punto de su parte cosas y sucesos.

Jugado por este patron, el señor Apezchea ha dotado con rica joya á las letras castellanas, y hecho ver que nuestra lengua, en sus manos, tiene púrpura y oro para las vestes de la Libertad como para el manto de los reyes; órgano singular de comunicación, expresión y gala, que no me canso de admirar nunca, con ser el mío y de mi casa, y cuya flexibilidad, gracia, grandilocuencia y decoro, no hay palabras, sino las suyas, que alcancen á apreciar como se debe.

Y volviendo al traductor, ¡qué versificación tan numerosa y sonante! ¡Qué construcción métrica tan varonil y robusta! ¡Qué diccion tan poética y tan bella! ¡Y cómo se ve que los acentos, por el modo con que están colocados, ora se dilatan para la majestad, ora se precipitan para la pasión, ora son piezas de escape para movimientos súbitos y rápidos! Si hay un pensamiento solemne que ha menester todo un palacio para alojarse, el señor Apezchea encuentra manera de fabricárselo en una octava entera, soberbio y noble, como lo hace en la descripción del barquero Caronte [versos 299 y siguientes, libro VI de la Encida.] Si hay otro, en que es airoso tanto como difícil, imitar la concisión del original, él lo logra [versos 81 y siguientes, libro I] cuando pinta á Eolo derribando un monte, para echar sobre él las vientos bramadores, y cuando vierte, por bizarria, en escuadron cerrado el *velut agmine facto* de Virgilio. Si hay que rasgar la nube que debía hacer aparecer á Eneas, el traductor la rasga tan onomatópicamente como el poeta latino, y el *cum circumfusa repente scindit se nubes*, queda fotografiado á maravilla. Si hay que vencer otras dificultades, cualesquieras que ellas sean, quedan vencidas.

De las muestras que tengo á la vista, es cuanto me es permitido decir; pero ello basta para convenirse de que esa es una obra llamada á ser inmortal:

* * * * * *quod negue Jovis ira, nec ignis,
nec poterit ferrum, nec edax abolere vestutas.*

No puedo mostrar como quisiera el regocijo que siente con estos triunfos del señor Apezchea, por ser él colega mío, y porque de alguna manera vienen á reflejarse sobre la Academia Española, ilustre Cuerpo al cual estoy ligado por amor, por respeto y gratitud. Este es de aquel género de riquezas, que siendo de uno solo, las aprovecha la familia.

Contento mío también es, que mi amigo José Antonio Calcaño sea el que haya hecho el juicio: él si es juez competente; mano segura para encontrar las bellezas, alto entendimiento para la alta crítica, y un millón de prendas mas. José Antonio Calcaño se parece á Virgilio en la sensibilidad, y como él labra en enajenes sus ideas; como él no vive sino en rosadas auroras y en blancas albas, y como él no viste mas colores que del iris; espíritu delicado, en que lo comun es lo bello, y la belleza la indele; y que siente mas que sabe, con saber tanto. Su talento es el de Rafael, para vírgenes y ángeles, pero como hechos de su mano, divinos; y aunque por juego tome el pincel, es para labores de lujo.

Tengo más que agregar á las dotes de mi amigo; pero ¿para qué necesita él de mi caudal, cuando tiene por suyo el de la gloria?

Aunque sea al terminar, he de pedir perdón por haber osado á tanto. Escritos como éste requieren cierta preparación, y yo he carecido de humor y tiempo. Si pudiera hablar al oído á José Antonio, le diría con Cicerón:

Hoc scripsi non otii abundantia, sed amoris erga te.

Con lo que él quedaría ménos descontento, y yo más excusado.

Y en lo tocante al señor Apezchea, que sepa él, que yo he procurado llegar con la voluntad adonde no alcanzo con el hecho, y que le felicito por esta su nueva corona literaria.

Caracas, 2 de Enero de 1875.

CECILIO ACOSTA.

CRÍTICA LITERARIA.

ENEIDA, DE VIRGILIO, (LIBROS I Y VI.)

Traducción en octavas por D. Fermín de la Puente y Apezchea, de la Academia Española.

Amigos aunque sin conocernos personalmente, compañeros de Academia y paisanos somos el ilustre traductor y el que estas líneas escribe. Con estos títulos ha llegado á mis manos un ejemplar de la traducción, y es mucho el afecto que entrañan para que no me apresure á asirlos y refrendármelos por mí mismo.

Paisanos, y mas de una vez lo somos. «Aunque criado en España el Sr. Puente y Apezchea, en Méjico se murió su cuna, y Méjico es hermana de Venezuela, mi tierra, y ambas son vestigios de esa España noble y generosa que los americanos no podemos apartar del corazón, ni aun cuando la aleve discordia se nos entra á la casa.

La que ahora habito, situada en Aintree, pintorese aldea á pocas millas de Liverpool, la circundan alamos y encinas, y, frontero á su fachada, tiene en el jardín un hermoso fresno en forma de umbrío natural pabellón.

Pues en rústico escaso sentido estaba yo bajo este fresno una mañana, no hace muchas, cuando el siempre ansioso *postmar* puso en mis manos el precioso libro que es asunto de estas líneas. Ábralo apresurado y comienzo su lectura de la manera que diré luego. Las brisas del otoño descoloraron ya los arboles y los despojan de su sonante vestidura, y el fresno de día en día va más y más semejando la abierta armadura de un quitafol que antes cubría verde taftano. Así, á medida que leía, como respondiendo á mi deseo y entusiasmo, las hojas arremolinadas por el viento, caían sobre las páginas en forma de coronas. Rosas hubieran sido, si que la estación no las tenía.

Creo que difieren los hombres en la manera cómo se entregan á la lectura de un libro. Es natural. Las circunstancias no son las mismas. En ello ponen su influencia (así como para distribuir el placer y sembrar el provecho) la profesión de cada uno y el género del escrito; la entidad intelectual, científica ó literaria del que lee, y la del autor, la del cual ha de estar, respecto de aquella, en la misma proporción que la fuerza motiva respecto del cuerpo que se quiere suspender; influyen los sentimientos y prendas morales, porque al bueno, para disponerle favorablemente, le hablan al oído la justicia y la caridad, y al necio orgulloso la ignorancia para decirle que todo es indigno de él. Infunde la estación de la vida en que el lector se halla, pues, como dice Cornelio Gaulo,

*"Diversos diversa juvant, non omnibus annis
omnia contentunt."*

y la hora misma en que se abre un libro regula la atención que se le presta y pone mucho en el juicio primero que de él se hace. El estado de nuestro espíritu, aun cuando no nos ajita causa extraordinaria, no es el mismo á todas horas. La naturaleza física exterior obra en el hombre mas efectos de los que la ciencia podrá nunca explicar. Sin que nos demos cuenta de ello, nuestra máquina está siempre siguiendo, como el barómetro y el termómetro, las alteraciones atmosféricas; se afecta del viento, del calor, de la rarefacción del aire, de la intensidad de la luz, de la altura de los astros, de todo lo conocido y lo desconocido. De aquí esa movilidad de nuestro espíritu, de que habla Fr. Luis de Granada citando á Job «ya contento, ya descontento, ya triste, ya alegre, ya

temeroso, ya confiado, ya sospechoso, ya seguro, ya pacífico, ya airoso, ya quiere, ya no quiere, y muchas veces él, á sí mismo no se entiende.» Y de aquí el que, como nuestros sentimientos y pasiones, nuestros pensamientos y juicios, se afecten también de la hora. «No sé cómo sea (dijo una vez un célebre escritor); pero es lo cierto, que después de almorzar, todas las disertaciones filosóficas en que me ocupo con tanto calor en la mañana, me parecen desatinos.» Y el reverendo Willmott, que hace la cita, supone que Ariosto debió de elegir hora menguada para presentar su *Orlando* al cardenal de Este, cuando su lectura hizo exclamar á su Eminencia: «;Dónde ha podido hallar semejante costal de tonterías!» Todo cuadro, trazado por la imaginación ó por el pincel, requiere un punto de mira, único que determina la luz.

No diré (porque no hay para qué) cuál sea mi sistema propio generalmente. Pero si que recorri la traducción de dos maneras: primero saltada; seguidamente, despues. Fíjate que los mas habrán de seguir igual procedimiento en casos como este. Cuando se nos viene á las manos la traducción de un autor clásico, no podemos prescindir de ir á ver, antes que todo, cómo han sido vertidos aquellos pasajes que los que hemos hecho particular estudio del texto, tenemos en la memoria; y los que gozan de aura, unos por sentenciosos, otros por patéticos, ó por su belleza rítmica, ó por la onomatopeya que presentan; ó bien ya por la divergencia de opiniones que existe respecto á la interpretación de alguna frase. Pertenecen á este número, en Virgilio, la hermosa exclamación alusiva á los rigores de Junio, verso XI, canto I:

Tantze animis caelestibus ira?

la descripción de la tempestad, y el naufragio y los que sobrenadan, y los despojos

Aparent rari nantes in gurgite vasto,

Arma virum, tabuleque et Tioia gaza per undas.

el exámetro con que cierra Dido el hospitalario acogimiento que hace á Eneas y los suyos, verso en que respira la piadosa sabiduría que da el dolor a los desgraciados.

Non ignara mati, miseris succurrere disco.

el patético

Infundum Regina jubes renovare dolorem?

del canto II; y en el mismo, el

Quid non mortalia pectora cogis,

Auri sacra fames!

como también en igual del canto IV, aplicado al amor,

Improba amor, quid non mortalia pectora cogis?

el verso 267 del canto VI, en donde apenas hay palabra que no obre á hacer profundas las tinieblas y la lobreguez de la noche,

Ibant, obscuri sola sub nocte per umbras,
lobreguez y tinieblas, propias de la noche del Averno; y para no citar mas, el verso que expresa cómo llenaban el cielo los clamores de los hombres y de las trompetas, canto XI,

*It cælo clamorque virum elanhorque tubarum;
y el onomatopélico, del VIII,*

It clamor, et agmine facto

Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum; donde, en efecto, se oye el repetido batir de los cascos del caballo que galopa.

Pues á los que corresponden á los cantos I y VI, que hoy se dan á la estampa, hubo de dirigirme primeramente; por supuesto oyendo cantar en mi memoria, desde antes de volver el frontis, la deliciosa alusión a sus Eglogas y Geórgicas, con que abre Virgilio su poema. Bastaba el nombre del traductor para decidirme a emprender formalmente la lectura de todo el libro; pero la versión de esos pasajes habría bastado también, aun sin estimulo del nombre alguno.

;Qué octavas, qué octavas hay en ellos! ;Cómo honra su autor, á nuestra América y á España!

No quiero hacer reflexiones sobre lo que es traducir la Eneida, y en octavas reales.

Piense esto el que conoce la piedad, y abra luego este libro por cualquiera parte. Demos que sea por la octava 15 y el mandato de Juno á Eolo; que recuerde el texto ó lo ponga delante y lea:

«Eolo pues que el Dios á ti te diera,
Padre de dioses, rey del triste humano,
De las ondas calmar la saña fiera,
O levantar con viento el Océano;
Gente, de mi enemiga, y altanera
Ora navega por el mar toscano,
Y al través á la Italia, de los mares,
A Ilium lleva y sus vencidos lares.»

Todo esto al pie de la letra, se oye el original,

Hinc in Italianum portauit victosque penates.

«Impede el viento audaz, rompe y estrella

Y dispersa esas naos, y á los mares

Lanza los truenos....»

«No habría sido mejor conservar la conjunción disyuntiva del texto *aut age* diversos? Hallo atinada la alteración que hace el señor Puente y Apezechea diciendo, *y á los mares lanza los truenos*, en vez de *lanza los cuerpos*. des-
de luego que el *age* diversos se traduce simplemente por *desperguntur en toto seculis*.

Está en la versión que traen todos los traductores que conozco; y cuando tantos opinan de la misma manera, y es del número el señor Apezechea, nuestro traductor, debo andar descaminado al suponer que Virgilio, cuando escribió «submersas obrene puppes, aut age diversos et disjice corpora pontu», quisó que se entendiese, «sumergir en lo profundo esos bajeles, ó en pedazos dispersarlos, y arroja los cadáveres al punto.» Creír que me equivoco, aunque me haga fuerza pensar que si Eolo quisiera, aunque me haga fuerza pensar que si Eolo arrojara á las olas, lo cual, sin duda, echó de ver el clarísimo entendimiento del señor Puente y Apezechea cuando hizo la alteración a que me he referido.

¡Qué feliz estuvo también en toda la descripción de la tempestad! Eolo acaba de responder a Juno acatando sus mandatos:

«Dijo, y el cetro inverso á pena á un lado
El monte empuja concavo en que habitan,
Los vientos luego, en escudron cerrado,
Por la puerta que dió se precipitan.
La tierra en torbellino acelerado
Soplán, y al mar lanzándose, le ajitan,
Y Noto y Euro y Austro se atropellan
Y montes de olas en la playa estrellan.»

¡Qué movimiento, qué vivacidad, y cómo contribuye á ello, en los dos famosos pareados, la repetición de la conjunción, á una, con la supresión de los artículos, para efectuar la personificación, y con los acentos del verso!

Aquí viene el *rari nantes in gurgite rasto*, en la descripción de la nave de Orontes, tan acometida:

24.

Tres veces la ola misma bramadora
A revolverse en derredor la obliga,
Y en vasto remolino la devora,
Raros nadar se ven con gran fatiga:
Armas, tablas, riquezas atosora
El mar, troyanas y la nave amiga
De Ilionee y las de Acátes fuerte,
De Abas y Aletes, con la edad inerte.»

Son bellísimos por extremo, las octavas que describen la aparición de Eneas transfigurado:

123.

«Todo al anuncio del materno anhelo,
Cuanto sabemos, responder parece.»

Hablabá apenas, y en contorno el velo
De súbito se rasga y desvanece.

De pié, á la faz apareció del cielo
Enéas, y en luz clara resplandece;
En el noble y magnánimo semblante

A un Dios, y en la estatura semejante.

Porque la madre al hijo de su vida
El cabello ceniza en resplandores;

Purpurea luz de juventud florida
Dió á sus ojos y plácidos fulgores,
Tal añade al marfil mano advertida

Nuevo brillo en riquísimas labores;
O la plata circunda, ó mármol pario,
Con cerco de oro el diestro lapidario.

Estos últimos cuatro versos son preciosísimos, y embellecen la comparación original sin dejar de ser fieles, ni añadir otra cosa que la incomparable elegancia de la forma: aquí está el texto probándolo:

Quale manus, addunt ebori decus aut ubi flavo

Argentum Pariusque laps circumdatu raro,
que vale literalmente: *Como añade la mano belleza al
marfil, ó á la plata ó al mármol de Paros el amarillo
oro con que se los circunda.*

Sería hacer una nueva edición apuntar todas las bellezas de los dos cantos. Pero hay en el VI algunas octavas de que estoy particularmente prendado, como las que bosquejan la entrada al Averno y al barquero Caronte.

70.

De horrible palidez, la barba cana
Inculta y luenga le desciende al pecho,
Brotan sus huecos ojos llama insana,
Y de sus hombres pende en nudo estrecho
El manto, con que sórdido se ufana;
El su esquife maneja largo trecho
Con un garfio, y las velas suelta y coje
Y los cuerpos trasporta y los recoje.

Esa no es *autre real*, no conozco reyes que la hagan; es octava maestra.

Maestros son también los versos que se refieren á Marcelo, que tanto favor valieron á Virgilio, de parte de Augusto, y que al Sr. Puente y Apezechea valdrán, como dice Boileau, *un nom et des lauries*:

199.

¡Cuántos gemidos de inelitos varones
Resonarán después por cualquier parte,
Desde el campo inmediato y sus lejones
Hasta la gran ciudad del propio Marte!
Cuánta funebre pompa y libaciones,
Tiber presenciarás al deslizarte
Junto al piadoso túmulo que, nuevo,
Los restos contendrá de ese mancebo!

No, no saldrá de la raria troyana,
Ni de latina gente mozo alguno
Que á tan alta esperanza eleve ufana
La altaiva raza á quien persigue Juno.
No la romulea tierra se engalana,
Cual con este mancebo, con ninguno:
¡Oh piedad! ¡Oh fé antigua no perdida!
¡Oh diestra, en guerra, por jamás vencida!

¡Oh! nunca nadie impune contrastara
Contrario en armas, su ímpetu en el suelo,
Si á pié las rudas haces asaltara,
O del potro escitará el noble muelo...

! Oh pobre niño !.... Si tu estrella avara
Romper lograre, tú serás Marcelo !....
Lágrimas dadme, dadme á manos llenas
Cárdenos lirios, blancas azucenas !

En cuanto á reparos, me miraría mucho para dirigir algunos. Nunca podría ya parar en su camino de triunfos á quien contanta seguridad sabe andarle, para hacerle observaciones; menos aún cuando va de la mano con Virgilio. Pero si esforzara la vista para ver algún descuido en tan acabada obra, como se diríe al sol, poderoso telescopio, á buscar puntos opacos en medio de tanta luz; dado que lo hallase á fuerza de trabajo, apropiandome acentos del cielo, diría con Pope :

To err is human to forgive divine.

Sobre que la crítica no me es simpática, ni la quiero por mis pueras, después de lo que dice Alison, á saber: que su ejercicio mata en nosotros el sentimiento de lo bello, porque no nos deja juzgar una obra sino por sus relaciones con determinadas leyes de construcción; pensamiento que (lo apuntaré del paso) no es mas que una amplificación del que docecientos años antes había expresado La Bruyère.

Esquivándolo, pues, el campo de la crítica, apenas me atrevería á expresar una mera opinión personal (acaso caprichosa) respecto de la traducción de *Tantorum animis celestibus iras?* El traductor la hace en dos hermosísimos pareados:

« Cómo tanto rencor, tan duros hechos
Pueden caber en celestiales pechos ? »

Yo hubiera deseado verla concentrada en el último saliente, en una linea, como lo hizo Milton, que se apropió el pensamiento y lo incorporó en su *Paraiso perdido*:

In heavenly spirits could such perverseness direll?
y que si la estructura de la estancia mandaba amplificación, se hubiese hecho esta en el verso séptimo, para decir con palabras mismas del traductor.

« Tanto rencor en celestiales pechos ! »

Nuestra lengua se presta á la concisión y á la ellipsis como la que mas.

En la octava 157,

Dijo, y la mesa roció primera
Del vino aquel, honor de los licores ;
Luego, á sus labios la llevó ligera,
Y á Bicias, porque hiciese los honores,
Dióla espumante: cógela, y entera,
A pechos se la echó con mil amores :
Y en pos de él otros próceres sus copas,
Hasta que hicieron trenzado, olízose Yópas.

Alguien podría objetar la ausencia del sustantivo *copa*. Pero lo hallo bien sobreentendido, y yo creo que hace falta. En el original no sale lo mismo; pues si no tacito enteramente, si está demasiado lejos el *spumantem patarem*.

Me complazco en pensar cómo va á crecer la merecida fama del Sr. Puente y Apezechea este trabajo. Y no será este el único fruto que produce, á lo que preveo. Por la pureza y elegancia del estilo, como por la concienciosa y fiel interpretación del texto, esta traducción está llamada á allanar mucho el camino á los estudiantes de latínidad, por lo que hace á esos dos cantos; y si mi voz fuera de alguna autoridad en nuestras repúblicas americanas, yo la recomendaría como un libro de consulta en donde pueden hallar los discípulos lo que sus catedráticos no están en actitud de enseñarles muchas veces. Estos pueden ser muy buenos latinos, hombres muy contruidos á la enseñanza y dechados de mil virtudes (tales eran al menos mis maestros); pero por lo regular son solo abogados, ó médicos, ó sacerdotes, que han aprendido la lengua del Lacio (si muy bien) únicamente como requisito indispensable para pasar á cursar aulas científicas, y que no tienen ningun ribete de buenas letras, ni menos injeno para poder interpretar con suficiente vuelo á un Virgilio, un Ovidio, un Horacio. Los mismos sabios están en desacuerdo á veces en cuanto á la genuina significacion de alguna frase, y aun en la perfecta versión de escenas enteras. Digalo en el canto IV el hermosísimo, apasio-

nado y enérgico apóstrofe que la despechada Dido diríe á Enéas, que se prepara á abandonarla. Todo ese pasaje, desde el verso 365 :

Nec tibi diva parens, generis nec Dardanus auctor Perfide....

hasta el 387, lo cual es de lo mas patético e inspirado que brotara jamás del corazón y la fira de Virgilio, ha sido pruebo y escollo de traductores. Oigamos entre ellos á Delille, que acaso superó en belleza al original.

« Cómo me encantan esos versos, a pesar del insoportable martilleo de los hemistiquios franceses ! »

No ! tu n° est point le fils de la mère de l'Amour ;

Au sang de Dardanus tu ne dois point le jour.

N° imputes point aux Dieus la naissance d'un traître ;

Non ! du sang des héros un monstre n'a pu naître ;

Non ! Le Caucase affreux, t' engendrano en fureur ;

De ses plus durs rochers fit son barbare coeur ;

Et du tigre inhumain la compagnie sauvage,

Cruel ! avec son lait t'a fait sucer sa rage !

Veamos ahora los del Sr. Puente y Apezechea en nuestra hermosa lengua, tan musicales y numerosos. Sea licito darlos á conocer, tomandolos de su traducción del libro 4., que con el título de *Dido* publicó en Sevilla en 1845, a la cual en efecto se refieren. Dicen así:

« ¡ No ! No es tu madre, perfido, una diosa ;

Ni tus padres de Dardano manaron :

Del Caucaso en la entraña cavernosa

Entre sus duros riscos te engendraron ;

Las tigres de la Hircania pavorosa

A sus pechos, cruel, te amamantaron.

Ya ¿ por qué disimulo ? ¿ Por qué tardo ?

¿ A qui más males ya me guardo ?

Por ventura, ¿ Jimiò con mi jemido ?

¿ Tornó á verme la vista, vacilante ?

¿ Le vi llorar con lágrimas vencido ?

¿ Sintió piedad de su infeliz amante ?

¡ Qué mas ha de decir ! ¡ Han consentido !

Juno así y Jove á la maladad triunfante !

¿ Dónde hallaré piedad, dónde consuelo ?

¡ Ya no hay fén en la tierra, ni en el cielo ;

Desnudo te lancé la mar é inerte

Sobre mis playas : te acojí rendida :

Partí, loca, contigo reino y suerte ;

Tu flota reparé rota y perdida :

Yo liberté á los tuyos de la muerte ;

Y ay de mí ! (que ardo en furias encendida !)

Hoy Apolo.... el oráculo te guía :

Un mensajero Júpiter te envía.

¡ Por cierto ! á eso los dioses atendiendo

Están.... ¡ ese cuidado los ajita !

Yo no sé lo que has dicho.... ni te entiendo ;

Mas respuesta ninguna necesita.

Vé, marcha á Italia. Por el mar horrendo

Este tu nuevo reino solicita.

Yo espero (si piedad hay en el cielo)

Que los escollos vengarán mi duelo.

A Dido entonces llamará turbado ;

Yo en negros fuegos seguiréte ausente :

Y cuando el alma dejé el cuerpo helado,

Sombra do quer, te aterrare presente :

Tu pena entones sufrirás ¡ malvado !

Y hasta en el centro del averno ardiente

Yo lo oíré, y á mis manes la noticia

La misma Fama llevará propicia. »

Llamamos la atención de los inteligentes acerca de la traducción felicísima del famoso Hemistíquio: *nusquam tua fides*, que tal desengaño acusa y tanto desconsuelo encierra; y el otro *Nequis te teneo, neque dicta refello* que tan superfíormente se traduce.

Yo no sé lo que has dicho ni te entiendo;

Mas respuesta ninguna necesita.

No creamos poder hacer mejor elogio del señor Puente y Apezechea como traductor del Virgilio, que comparar estos versos con los del original, y ponerlos al lado de los de Delfile, tan conocidos y merecidamente apreciados.

Concluyo, pues, dando al traductor las gracias por el envío de su obra y otros tantos parabienes, no solo a él, sino a la literatura española, por haber conseguido que hable así nuestra hermosa lengua el gran epíco latino.

La obra del señor Puente y Apezechea, tan provechosa para doctos e indóctos, marcería, como lo que mas, llevar en su portada, en letras de oro, el examen con que encabezó Henault su «Historia abreviada de Francia».

Inducti discant et ament meminisse perit.

Liverpool, Octubre 4 de 1874.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

LAS NOCHES FLORENTINAS,

POR HENRIQUE HEINE.

(Traducidas del alemán por A. González Toledo.)

(Continuación.)

Es una preocupación la creencia de que el genio debe morir temprano. Creo que se ha fijado el espacio comprendido entre los treinta y treinta y cinco años, como la época más perniciosa para el genio. Cuántas veces atormenté con mis chanzas al pobre Bellini, prediciéndole que en su calidad de genio debía morir bien pronto porque frisaba ya en la edad crítica! Y cosa rara! á pesar de nuestro tono de burla, esta profecía le hacía experimentar una turbación involuntaria: me llamaba su *jetattore* y no dejaba nunca de hacerme un signo de conjuración....

Tenía tantos deseos de vivir! la palabra *muerte* excitaba en él un delirio de aversión; no quería oír hablar de ella; le tenía miedo como un niño que teme morir en la oscuridad... Era un niño bueno y amable, un poco ensimismado á veces; pero no había mas que amenazarlo con su próxima muerte para que volviese á tomar una voz modesta y suplicante, y para que hiciese con los dedos levantados el signo de conjurar al *jetattore*.... Pobre Bellini!

—Lo conocisteis personalmente? Era bien mozo?

—No era feo. Los hombres no podemos responder sino afirmativamente á una pregunta semejante sobre cualquiera de nuestro sexo. Era un ser esbelto y delgado, de movimientos graciosos y casi coquetos, siempre puesto en sus veinticinco años; semblante regular, un poco largo y rosado; cabellos castaño-claro, casi dorados y rizados en ligeros bucles; frente noble, elevada, muy elevada; nariz recta, ojos de un azul pálido; boca bien proporcionada; barba redonda. Las facciones tenían algo de vago y sin carácter, como la

leche, y su faz tomaba á veces una expresión agudulce de tristeza. Esta tristeza reemplazaba al talento en el semblante de Bellini; pero era una tristeza sin profundidad, cuyo resplandor vacilaba sin poesía en los ojos, y temblaba sin pasión al rededor de sus labios. El joven maestro parecía querer exhibir en toda su persona ese dolor flojo y desacordado. Sus cabellos estaban rizados con un sentimentalismo tan soñador, sus vestidos se ajustaban con una languidez tan suave al rededor de su cuerpo, llevaba una caña de España con un aire tan idílico, que me hacia recordar siempre los pasteles que salen haciendo carantoñas en las bucolicas, con cayado encintado y calzones de taftan color de rosa. Su andar era tan de señorita, tan elejaco, tan etéreo! Toda su persona tenía la apariencia de un suspiro en escarpines. Fué muy afortunado con las mujeres, pero dudo que haya hecho nacer una gran pasión. Tenía para mí algo de agradablemente embarazoso en su persona, y quizás la razón de esto era lo mal que hablaba la lengua francesa, porque aunque Bellini había vivido en Francia muchos años, hablaba el francés tan mal casi como se puede hablar en Inglaterra. Yo no debía calificar de malo su lenguaje: malo aquí es demasiado bueno, mas bien debería decir es-peloso, hasta el punto de hacer erizar el cabello! Cuando uno se encontraba en el mismo salón que Bellini, su vecindad inspiraba siempre cierta ansiedad mezclada de miedo que atraía y contenía al mismo tiempo; sus juegos de palabras involuntarios eran frecuentemente de una naturaleza divertida y traían á la memoria el castillo de su compatriota, el príncipe Palagoni, representado por Goethe en su viaje á Italia, como un museo de extravagancias estremáticas y de monstruosidades amontonadas sin razón. Como en tales ocasiones Bellini creía haber dicho una cosa del todo séria é inocente, su figura formaba el contraste mas burlesco con sus palabras. Entonces resultaba con mayor fuerza aquello que me disgustaba en sus facciones; pero lo que me disgustaba no podía llamarse propiamente un defecto, al menos las mujeres no lo sentían en el mismo grado. La figura de Bellini tenía, como toda su persona, esa frescura física, esa encarnación en flor, ese color de rosa que me hace una impresión tan desagradable á mí que prefiero el color de muerte ó de mármol; y no fué sino muy tarde, y después de relaciones mas extrechas, cuando sentí por él una simpatía real. A esto contribuyó sobre todo la observación que hice de que su carácter era bueno y noble, porque ciertamente su alma permaneció siempre pura en medio de los indignos contactos de la vida. No estaba tampoco desprovisto de aquella *bonhomía* sencilla y infantil, que se encuentra de seguro en los hombres de genio, aun cuando no se dejase ver al primero que llegaba.

—Si, me acuerdo, continuó Maximiliano sentándose en la silla en cuya espalda se había apoyado hasta entonces, me acuerdo del momento en que Bellini se me apareció bajo una luz tan amable, que lo observé con gusto y me prometí contraer con él las relaciones mas intimas. Pero ay! aquella fué nuestra última entrevista en esta vida! Era una tarde que

habíamos comido juntos en casa de nuestro amigo, el consejero Jaubert. Estábamos de muy buen humor, y las dulces melodías resonaban en el piano..... La señora de la casa, la linda hada, estaba radiante como nuna, de talento y de alegría.... Me parece que aun veo á Bellini sentarse en una silla, fatigado por la multitud de *bellinismos* que había practicado. Aquella silla era muy baja, tan baja como un escabel, de manera que Bellini estaba sentado á los pies de una bella italiana que se había tendido en un sofá. Ella lo miraba con una dulce malicia, mientras que él trataba de divertirla con algunas frases francesas; trabajo que lo obligaba á comentar en su dialecto siciliano lo que acababa de decir en francés, para probar que no había dicho una necesidad, sino al contrario, un cumplimiento deficado. Creo que la *bellissima principessa* no prestaba mucha atención á las palabras de Bellini. Le había tomado de las manos su junco de España con el cual apoyaba él á veces su débil retórica, y se servía de ese instrumento para demoler muy tranquilamente el elegante edificio del peinado sobre las sienes del joven maestro. Esta maligna ocupación era la que hacia asomar á los labios de la hermosa dama una sonrisa como no he visto otra igual en ninguna boca humana.

Aquella figura ne se aparta nuna de mi memoria. Era uno de esos semblantes que parece pertenecen al dominio de los ensueños poéticos, mas bien que á la grosera realidad de la vida. Los contornos de aquel óvalo noble recordaban á Leonardo da Vinci, con sus graciosos hoyuelos en las mejillas, y la barba sentimental y puntiaguda de la escuela veneciana. El color tenía la dulzura romana, el brillo mate de la perla! una palidez distinguida, la *morbidezza*, en fin. Por último, era una figura como no puede encontrarse otra sino en algún antiguo retrato italiano que represente una de esas grandes señoritas de quienes estaban enamorados los artistas italianos cuando creaban sus obras maestras, y en las cuales pensaban los héroes alemanes y franceses, cuando ceñían la espada y traslumbraban los Alpes.... Oh! si, era una figura de aquella familia, la que sonriendo con la malicia mas dulce y animada por la picardía del mejor gusto, desarreglaba con el junco de España la castaña cabellera del buen Bellini.

En aquel momento, Bellini me pareció como tocado por una vara mágica. La sonrisa de su hermosa compatriota había lanzado un reflejo ideal sobre su semblante; estaba como trasfigurado por el resplandor divino de aquella sonrisa. En ese momento fué para mí un sér simpático. Yo le amaba..... Ai! quince días después lei en los Diarios que la Italia había perdido uno de sus hijos mas gloriosos!

Cosa rara! anuncióse al mismo tiempo la muerte de Paganini. Yo no dudé esta noticia, porque el pálido y viejo Paganini ha tenido siempre el aspecto de un moribundo; pero la del joven y fresco Bellini me pareció increíble; y sin embargo, la noticia de la muerte del primero no había sido sino un error de periódico. Paganini se encuentra bueno y sano en Jénova, y Bellini yace en el sepulcro en París!

—Os gusta Paganini? dijo Maria.

—Este hombre, dijo Maximiliano, es el adorno de

de su patria, y sin duda merece que se haga de él una mención muy distinguida cuando quiera hablarse de notabilidades musicales de Italia.

—Yo no lo he visto nunca, replicó María; pero, segun es fama, su exterior no satisface completamente al sentimiento de lo bello. He visto algunos retratos.....

—De los cuales ninguno se le parece, dijo, interrumpiéndola, Maximiliano: ó lo han afeado, ó lo han embelllecido; pero jamás han dado su carácter peculiar. Creo que solo un hombre ha logrado trasladar al papel la verdadera fisonomía de Paganini. Es un pintor sordo y loco, llamado Lysser, que en su espiritual locura caracterizó tan bien la cabeza de Paganini, con algunas pinceladas que, á la verdad, el diseño os espanta y os hace reír á la vez. «El diablo me ha conducido la mano», me decía el pobre pintor sordo, sonriendo, por lo bajo, y meneando la cabeza con una ingenuidad irónica, como tenía costumbre de hacerlo, á propósito de sus cargos. Este pintor fue siempre un personaje singularmente original. A despecho de su sordera, fue entusiasta por la música, y parece que la comprendía, cuando estaba bastante cerca de la orquesta, para leer en la figura de los músicos y juzgar por el movimiento el mayor ó menor mérito de la ejecución, y así era que escribía la crítica de las óperas en un diario bien estimado de Hamburgo. ¿I qué hay en esto de particular? El pintor sordo podía ver los sonidos en la forma visible de la ejecución. Hay muchos hombres para quienes los sonidos no son sino formas invisibles, en las cuales oyen las figuras y los colores!!

(Continuará.)

• LUCHAS DINASTICAS. •

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

por

G. SAMAROW.

TRADUCIDA LIBREMENTE AL ESPAÑOL

por

JUAN PIÑÁNGO ORDÓÑEZ.

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

Mientras que en el norte de Alemania se consumaba la catástrofe que tan funestas consecuencias tuvo para la casa de Hunover, esperábase en Viena la decisión de las armas que por momentos debía tener lugar en los campos de Bohemia, y que, después del triunfo de las aguilaras austriacas en Italia, no se dudaba por un momento que fuese favorable á la causa del emperador. Pero en tanto que el pueblo se entregaba sin recelo á las mas locas esperanzas, el canciller del imperio, conde de Mensdorff, se paseaba pensativo, casi triste, en sus salones, no pudiendo contestar sino con forzada sonrisa á las mil felicitaciones que de todas partes le dirijían por la victoria de Custoza.

Indiferente á la agitacion febril que dominaba todos los espíritus, y ocupada solo de si misma, Emma Bálzer yacia en su divan, negligente reclinada. En su semblante podiase leer sucesivamente ora la expresion amorosa con que solia recibir en otro tiempo á jóven esposo, baron de Stielow, ora la de glacial frialdad con que acostumbraba tratar á su esposo. Una multitud de cartas y de telegramas que habia cerrados aun sobre una mesa, junto al divan, no fijaban por un solo momento sus miradas que inciertas vagaban por aquella morada como persiguiendo una vision extraña.

—Yo me creia mas fuerte, murmuró al fin para si, y sin embargo no me es posible olvidarlo.

Al hacer esta reflexion, pusose subitamente de pie, como movida por un resorte, y comenzó a pasarse por el gabinete.

—Qué incomprendible es la naturaleza humana! exclamo apasionadamente, con cierta cólera. Me tenia por bastante fuerte, yo creia no obedecer á otro móvil que á mi ambicion de poder, y que ninguna consideracion me detendria en mi camino y sin embargo, apenas soy el primer paso, mi corazon se estremece, enferma de amor y de nostalgia, como una infeliz costurera.

Al llegar aquí Emma dió con el pie un golpe de ira en el suelo.

—Y esto por qué? siguió reflexionando para si. ¿Por qué es que yo no puedo borrar de mi corazon la imagen de ese ingrato que ha podido abandonarme colmóndome de desprecio?..... En cambio, el conde de Rivero me ofrece cuanto yo deseo; él tiene en sus manos los hilos de todos los acontecimientos de Europa; él es bastante poderoso para realizar todas mis esperanzas, y sin embargo no puedo amarlo. ¿Por qué se desvia de el mi corazon, cuando él pudiera hacerme tan feliz, para solo latir por Stielow, un niño todavia.... en talento inferior á mí?.... Pero ah! es tan bello..... tiene un alma tan pura.... que sin querer lo amo, hasta ser su esclava....

Y Emma se dejó caer en el sofa, ocultando el rostro entre las manos.

De repente se puso de pie. Un fuego inusitado brillaba en sus ojos y sus hermosas facciones tomaron la estampida expresion de una Medea.

—Y quién es ella, la que me lo ha usurpado?... ¡No poder lanzar sobre su cabeza un rayo que la aniquile!... á esa noble aristocrata, que desde la cuna ha gozado de todas las delicias de la vida, que todo, todo lo ha poseido, cuanto á mi me ha sido negado.... y que ahora se deleita en un amor que me pertenece....

Con paso acelerado se acerco Emma á un cofreto de nácar y sacó de él una fotografía del tamaño de una tarjeta.

—Qué facciones tan insignificantes! qué mirada tan tibia! qué fastidioso debe ser el amor que esta mujer ofrece! ¿Cómo ha de sentirse feliz en sus brazos el hombre á quien yo he estrechado contra mi pecho, y que ha sentido las palpitations de mi corazon?

En ese instante oyó una campana en la antesala, y guardando precipitadamente la fotografía en el cofre, Emma volvió á ocupar su asiento en el divan, tomando una actitud elegante, e imprimiendo á sus facciones su habitual expresion de indiferencia.

Pocos segundos despues entró en el gabinete el conde Rivero, el cual se acercó á Emma y la besó la mano, no con el arrebato apasionado del amante, ni tampoco con el respeto que el hombre tributa gustoso á las damas del gran mundo, sino con cierta indiferente familiaridad, en la que solo las distinguidas maneras del conde podian disminuir la impresion ofensiva que provocaba.

—¿Cómo habeis pasado la noche, hermosa amiga? En verdad que quien penetra en vuestro asilo olvida la inquietud y los cuidados que por todas partes reinan.

—Han llegado muchas cartas y despachos telegraficos, dijo Emma tranquila, prescindiendo de las galanterias del conde, y mostrando con la mano la mesa junto al divan.

—¿Estais segura, preguntó Rivero, de que esta numerosa correspondencia no ha llamado la atencion de nadie?

Emma se sonrió.

—Ya están acostumbrados á verme recibir muchas cartas. Además nadie es capaz de figurarse que yo me ocupo de asuntos serios.

El conde descorrió la cortina de la ventsna, se sentó á la mesa, sacó del bolsillo una cartera y de ella varias claves, y se entregó á descifrar aquellas notas, mientras Emma, que había ido á sentarse en un sillón retirado, seguia el hilo de sus meditaciones interrumpidas.

El contenido de las notas debia ser muy satisfactorio, pues al terminar la lectura, el rostro de Rivero revelaba gran satisfaccion.

—Veo llegar el momento que coronará nuestros esfuerzos; en que se hunda el orgulloso edificio de la mentira y de la impiedad, para elevarse otro en su lugar á la verdad y á la justicia.

—Y qué será entonces de mí? preguntó la jóven señora levantando ligeramente el rostro.

—Habéis prestado á nuestra obra un gran servicio, hermosa amiga, sirviendo de mediadora para mi correspondencia, y facilitándome el modo de conservar las apariencias de quien viaja por mero divertimento. Yo os ofrezco en cambio una posicion independiente, y solo os exijo dejéis eso á mi cuidado. Supongo que teneis fe en mi palabra.

Emma fijó en el conde una mirada perspicaz.

—No dudo que tengais la voluntad y los medios de cumplir vuestra promesa.

—Además, continuó Rivero, aun quedará mucho que hacer despues de alcanzados los primeros propósitos, y pienso ofrecer á vuestro talento una esfera de accion mas amplia.... caso de que consintais en seguir siendo nuestra aliada.

—Convengo en ello, contestó Emma, pero luego un suspiro levantó su pecho, sus mejillas se tiñeron de encarnado, y dirigiendo al conde una mirada timida, agregó: Tengo un deseo.

—Decidle, señora, contestó Rivero con la galanteria del hombre de mundo, que si está en mi poder...

—De seguro que está en vuestro poder, pues tengo grandes pruebas de su alcance, y por eso confianza en lo que ofreces.

—Y qué deseo es ese? preguntó Rivero tratando de leer con la mirada la respuesta en el rostro de Emma.

Ante esa mirada Emma bajó los ojos, y contestó con voz baja é insegura :

—Devolvedme el cariño de Stielow.

Una expresión de sorpresa mezclada con cierto disgusto se dibujó en el semblante del conde.

—Ciertamente que no creía yo que abrigárais semejantes deseos... Teníais para mí que habíais olvidado ese capricho... cuya realización no está quizás en mis manos.

—Eso no es creíble! replicó Emma midiendo al conde con los ojos. Stielow es un niño.... y yo os he visto someter á vuestra voluntad á hombres muy discretos y sesudos...

—Pero olvidais.... que....

—Que en un momento de despecho se arrojó á los pies de una de esas mujeres insoportables, que para amar no consultan el corazón sino el almanaque de Gotha, replicó Emma con fuego. No, yo no lo he olvidado, pero por eso mismo es que tanto deseo su cariño. Yo prometo ayudaros en todo lo que exijais, yo os ofrezco para vuestros planes todas las facultades de mi espíritu y mi mas decidida voluntad... pero algo he de exigir para mí, y ese algo es el afecto de Stielow.....

—Todo deseo vuestro será siempre satisfecho; ninguna limitación opongo á vuestros pasatiempos, dijo Rivero sonriendo ligeramente.... pero decidme, ¿qué pretendéis hacer con ese niño..... como vos misma le llamáis, cuando nada hay que resistá a los encantos de vuestro espíritu, á las miradas de esos ojos?....

—Pero es que yo lo amo? replicó Emma en voz baja.

—Perdonadme, señora, pero eso parece increíble.... ¿Vos amar á ese niño?....

—Precisamente porque es un niño, replicó Emma con todo el ardor de su pasión; porque es tan puro, es tan bueno.... tan hermoso.... agregó, asomándose una lágrima á sus ojos.

Rivero la miró con gravedad.

—¡Sabeis, la dijo, que una pasión que os domine os roba la facultad de dominar á los demás, y que dejaría de serme útil vuestra alianza?

—Por el contrario! exclamó Emma con vehemencia; el amor de Stielow me hará mas fuerte, mientras que su alejamiento es un tormento incansante que balda todas mis facultades. Devolvedme su cariño; convengo que será una debilidad; perdonadme; será la única que encontrareis en mí: en todo lo demás me hallareis inquebrantable.

—Si antes me hubierais dicho lo que ahora me confesáis, contestó Rivero meditabundo, quizá hubiera sido posible.... quizá.... pero ahora.... mi poder no tiene tanto alcance; y además, yo no debo ejercerle en este asunto; yo no debo tolerar que ese joven sea un jüguete de vuestros caprichos. Venced esa debilidad; sed fuerte; olvidad esa fantasía.

—No hablamos mas de ello, dijo Emma con voz tranquila y jesto indiferente.

Rivero la examinó con la vista.

—Convenís en que tengo razon? la preguntó.

—Olvidaré esa fantasía, contestó la joven señora sin que la expresión de su semblante revelase la mas leve ajetación interior.

TOMO III.

De nuevo sonó la campanilla en la antesala.

—Debe ser Galotti, dijo el conde abriendo la puerta.

Un hombre de mediana estatura, y de facciones que revelaban energía e inteligencia, entró en el gabinete.

—Todo va bien, dijo el conde al recién llegado. Todo está listo para el gran golpe. La victoria de Austria en Custozza ha desmoronizado completamente el ejército de Victor Emanuel, y pronto yacerá en ruinas su ridículo gobierno al que dan el nombre de nacional.

—Mis noticias son igualmente buenas, dijo Galotti apretando la mano del conde y saludando á Emma con cortés amabilidad. El conde de Montebello ha manifestado confidencialmente que ninguna oposición hará para impedir que Italia se constituya según lo convenido en el tratado de Zúrich.

—Los señores permítense que me retire, dijo Emma. En la sala vecina haré servir un almuerzo para cuando terminéis vuestra conferencia.

Rivero besó la mano de Emma y Galotti la hizo una profunda reverencia.

—Ha resuelto el rey ir á Nápoles? preguntó Rivero tan luego como quedaron solos.

—El aguardo que demos de aquí la señal. Un cuerpo de brigadios lo espera en la costa..... Las guardiciones son todas débiles, y á la llegada del rey se levantarán el pueblo en masa.

—Y en Toscana? volvió á preguntar Rivero.

—Un número considerable de antiguos soldados del duque aguardan la orden de dar el grito, y parte de la escasa guardia está comprada.

—Crees llegado el momento de prender fuego á la mina?

—Sin duda! A qué esperar mas tiempo? El ejército sardo, vencido y perseguido por el arquiduque Alberto, no puede oponerse ninguna resistencia. De vos depende de que en diez días quede Italia libertada del yugo de un rey demagogo que ha hollado todos los principios del derecho y de la justicia. El momento ha llegado: dad pues, la orden.

Rivero se acercó meditabundo á la ventana.

—En tanto que solo se trataba de preparar la magna obra, yo he manejado los hilos todos sin que mi mano temblara nunca; y sin embargo, en el momento de pronunciar el trámido *fiat*, me estremeció y vaciló. Mas no hay tiempo que perder.

Y volviéndose á Galotti, añadió:

—Es preciso dar la orden á Roma, á Nápoles y á Toscana á un mismo tiempo. Aquí tenéis las direcciones, añadió sacando de su cartera tres tarjetas que examinó con cuidado. En cada una de ellas encontraréis lo que cada telegrama debe decir. Los nombres de las personas y el contenido de los despachos son completamente inocentes, y en ninguna parte llamarán la atención.

Rivero extendió lentamente la mano á Galotti.

En ese instante entró Emma precipitadamente en el gabinete.

—Sabeis lo que ocurre, conde Rivero? exclamó la joven señora casi consternada. En este momento llega mi camarera diciendo que en toda Viena se asegura que el ejército ha sido derrotado en Bohemia.

El conde permaneció por un segundo estático, fijos sus intelijentes ojos en Emma.

—Eso es imposible! replicó Galotti. Por el contrario el general Gablenz anuncia encuentros felices que pronostican un triunfo decisivo.

—En todo caso es necesario averiguar ante todo la verdad, replicó Rivero, éiba ya salír, cuando oyó sonar la campanilla con violencia.

Casi instantáneamente entró en el gabinete un joven vestido de sacerdote, que dirigiéndose a Rivero, le dijo:

—Gracias á Dios, que os encuentro, señor conde. Una gran desgracia ha sucedido. Benedek ha sido completamente derrotado, y el ejército huye en el mayor desorden.

El conde guardó silencio, pero el dolor mas profundo se reveló en su semblante.

—Es preciso obrar ahora con mayor prontitud, dijo Galotti; antes que esa noticia llegue á Italia, y cobren brios los enemigos y se desaliente los nuestros.

Y extendió la mano hacia las tarjetas.

—Cómo habeis recibido esa noticia, padre Roti? preguntó Rivero reteniendo en las manos las tarjetas.

—No cabe duda ninguna, contestó el interpelado. La noticia ha sido trasmisita al Nuncio apostólico por el emperador mismo.

—Entonces se ha perdido el trabajo de tantos años! exclamó Rivero triste, solemne.

—Aprovechemos los momentos, observó Galotti. Sucedá lo que quiera en Alemania, la ocasión es propicia para reconstruir á Italia....

—Sin un conocimiento exacto de la situación, nosotros no podemos dar ningún paso adelante. La presencia del ejército austriaco en Italia entra como factor indispensables en nuestros planes. Nuestras fuerzas son suficientes para dominar las de Victor Emanuel, siempre que podamos contar con aquel auxilio poderoso del Austria, pero si el emperador llama su ejército, y mucho temo que lo llame, nada, absolutamente nada podemos nosotros emprender.

—Pero es imposible que Francisco José abandone la Italia después de la victoria de Custoza! observó Rotti.

—Pues la abandonaría por salvar la Alemania, que al fin, habrá de perder también, replicó Rivero.

—Pero Díos mio! exclamó Galotti, eso sería explicable antes de la campaña, entonces habría tenido un ejército doble que oponer á Prusia; mientras que ahora.....

—Amigo mio, dijo Rivero suspirando, acordaos de las palabras de Napoleon I: Austria llega siempre muy tarde con sus ejércitos y con sus ideas.

—No puedo resolvérme á la inacción, estando todo preparado, teniendo por decir así el triunfo en nuestras manos.

—Yo no exijo la inacción. Esa nos es de todo punto imposible, contestó Rivero; y probable es que tengamos que comenzar ahora un trabajo mas lento y laborioso. Lo que no debemos hacer ahora, es cometer una imprudencia que comprometa nuestra causa y las personas que la defienden. Sabéis acaso, padre Roti, ¿cómo ha recibido el emperador esta noticia, y qué es lo que ha hecho?

—Se dice que el emperador está auonadado..... eso es natural..... pero inmediatamente ha mandado al conde de Mensdorff al cuartel general á cerciorarse del estado de las cosas.

—Mensdorff tenía, pues, razon! exclamó Rivero, e irguiéndose con energía, añadió: No hay que desalentarse, señores, por lo sucedido, ni desesperar por que tengamos que diferir nuestros proyectos..... Voy á inquiren la verdad de lo que pasa, y después hablaremos sobre el porvenir.

Y acercándose á Emma que, extraña á lo que oía, había permanecido con la vista fija en el suelo, como siguiendo sus propios pensamientos, la dijo besándole la mano :

—Hasta otra vista, *chère amie*, y bajando la voz, añadió: quizá llegue pronto el momento en que se abra para vuestra actividad un vasto campo que os haga olvidar todos esos caprichos pasajeros.

Emma levantó los ojos, pero no contestó nada. Mas, luego que se encontró sola, lanzando al que acababa de alejarse una mirada semejante á un rayo:

—Quieres hacerme servir á tus planes.... y me halagas con esperanzas de libertad y de poder para que no sienta las cadenas que me impones!..... Le prohibes á mi pobre corazon que lata, por temor de que alguna vez pueda sublevarse.... Te engañas, conde Rivero; si, necesito de ti para elevarme, pero no por eso seré nunca tu esclava..... Quieres lucha? sea..... veremos quién triunfa!..... Mas, ante todo, pensemos ahora, como reconquistar sin el auxilio de mi dueño y señor, al infel por quien mi corazon no cesa un instante de latir.

Emma dió unos pasos por el gabinete procurando coordinar sus ideas.

—Pero yo estoy pensando en atraerlo, cuando está tan lejos de aquí, cuando quizá ha muerto en la gran batalla....

Emma se dejó caer en el diván y cubrió el rostro con las manos.

—Muerto? repitió para si extremeciéndose.... Quizá sería una fortuna, pues solo de ese modo logaría otra vez el imperio sobre mí, mientras que durante viva, no me será jamás posible reconciliarme con la idea de que ofrezca á otra mujer que á mí los encantos de su corazon y su hermosura.

A esta idea las mejillas de Emma palidecieron; sus ojos se inflamaron, y su pecho se levantó cual si en él bramara una tormenta.

—Jamás! jamás! exclamó fuera de sí. Muerto! yo lo olvidaría, pero en tanto que viva me es imposible; la imagen de esa mujer desventurada me perseguirá á todas partes envenenando mi existencia.... Envenenándola?.... Oh días felices en que se podía aniquilar á los enemigos importunos.... mientras que hoy.... Mas su acaso indispensables las combinaciones químicas para eliminar obstáculos?

Una sonrisa infernal acompañó estas palabras; sonrisa que en el rostro de Emma recordaba á esas flores tropicales, de brillantes colores, pero cuyos pétalos exhalan muerte.

Emma se acercó á un escritorio de palo de rosa, y de una de sus gavetas sacó un paquete de cartas que una á una revisó con el mayor cuidado, hasta encontrar la que buscaba.

—Está es la que necesito, pensó para sí. Al escribirla durante los últimos ejercicios de campaña á que asistió, no pensó él cuán poderosa podía llegar á ser esta arma en mis manos.

Y Emma volvió á leerla:

«Mi hermosa reina :

«Solo te escribo para decirte que la separación me es insopportable. Las penalidades del servicio ocupan todos los instantes del día, pero durante la noche, á medida que las estrellas suben en el firmamento, tu recuerdo toma formas, y siento tu proximidad, siento tus labios comprimir los míos, y tu aliento refrescar mis sienes. Las pocas horas que duermo, pareceme dormir las entre tus brazos amorosos, y no puedo dejar de maldecir el toque de diana que en los primeros albores de la mañana viene á desvanecer mis dulces sueños. Cuándo volverán estos á ser una realidad? ¿Cuándo despertaré otra vez entre tus brazos?»

La expresión amorosa que tomaron las facciones de Emma al leer de nuevo estas líneas, se borróivamente.

—No puede estar mejor! se dijo. Ni fecha tiene. El destino me favorece.

Y tomada una pluma escribió, después de examinar bien los caracteres: «Junio 30 de 1866.» Comparando en seguida su letra con la del original, exclamó:

—Perfectamente!

Y sonó la campanilla.

—Buscad á mi esposo, dijo á la camarera que acudió á su llamamiento, y decidle que deseo hablarle ahora mismo.

(Continuará.)

A MI HIJA CARMEN, DORMIDA.

«Je pris Dieu tous les jours pour ma mère.»
BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

I

Duerme hija adorada, duerme el apacible sueño de la inocencia. Reposa tranquila sobre el pecho lacerado de tu pobre padre.

Qué bella estás así! Dulce el semblante, sonreida la boca, entreabiertos los ojos, parece como que gozas en los jardines celestiales de los juegos infantiles de los ángeles, tus hermanos.

Te dormiste al grato arrullo de la canción materna, siempre nueva y nunca estudiada. Tu buena madre vela inquieta tu sueño, en tanto que tu imaginación de niña vaga, como la mariposa, por el espacio de la dicha, y tu infeliz padre medita bondamente en tu porvenir.

Qué bella estás así, hija de mis amores! ángel bendecido que abrió mi corazón á las intimas fruiciones del amor paterno, y siempre me muestraas con tus manecitas de rosa el camino de la virtud.

II

Cuán inmenso! cuán inefable es el amor de hijo! Ahora comprendo yo por qué mi venerable padre y mi santa madre me querían tanto. Ya se ve! Era un buen pedazo de su corazón, como tú lo eres del mío.

Bendita Providencia que nos das padres y qué nos das hijos! ¡Cómo serán de desgraciados aquellos seres que no conocen los unos ni los otros, que no reciben ni prodigan las caricias del afecto paternal, para quienes el mundo está desierto, el cielo sin luz, el porvenir sin horizontes, la felicidad sin encantos!

III

Duerme hija adorada, duerme el apacible sueño de la inocencia. Reposa tranquila sobre el pecho lacerado de tu pobre padre.

Ah! si fuera siempre tu vida un sueño delicioso. Ah! si pudiera ser que permanecieras siempre así, perezuelas, juguetona, inquieta. Pero no: la vida te guarda tempestades, desengaños el mundo, tinieblas el porvenir; preparate á la lucha, tu ejida será la virtud.

Sonríes, balbuceas, hablas con los alados querubines? Oh! edad feliz.

IV

Sigue durmiendo hija adorada que estás muy bella así.

Mas no: despierta, tu voz me hace falta: divina melodía que de continuo halaga mi oído: nota que vibra siempre sonora aquí en mi corazón.

Y luego, tu buena madre te aguarda ansiosa para estampar sobre tu pura frente su beso de inmenso amor; tu padre te reserva un juguete y tus hermanitos te esperan impacientes para que dirijas sus locas correrías: ellos dicen que sabes más, que consultan tus pareceres y siguen tus consejos. Tan serios que lo dicen! Tú eres la primogénita.

V

Vamos! Ya despiertas? Pues ahora eleva tu pensamiento á Dios que te hizo así tan buena, alabalo y bendicelo; ruega por los que fueron; ven y besa á tu amelosada madre; corre y abrázame; ve á jugar con tus queridos hermanitos, ámalo y ama á todos los seres de la creación, que esa es la ley del Gólgota: la Caridad.

Así podrás, sencilla y en calma, atravesar por el árido valle de la vida; y aunque en tu paso por el mundo encuentres en tu camino espinas punzadoras que lastimen tu delicado corazón, y pasiones que quieran conturbarte, las nobles creencias, la virtud, la fe en Dios, serán tu escudo y te salvarán, sirviéndote, cual luminosa antorcha, de inextinguible guía.

Así, tú y tus hermanitos, ahora como después, en los acaigos días como en los instantes de fugaz ventura, formarán el encanto de esta casa, las delicias del hogar paterno; y serán el benéfico rocío que de lo alto descenderá, para refrescar y vivificar el alma angustiada de tus padres.

VI

Y cuando tornes á reclinarte en mis brazos, te diré de nuevo: Duerme, hija adorada, duerme el apacible sueño de la inocencia: Reposa tranquila sobre el pecho lacerado de tu pobre padre. Jamás el peso de la desventura agobie tu frente, ni la jérida mano del dolor marchite tu alma, ni dejen de tener siempre para ti, el porvenir sublimes esperanzas, el sol eternas claridades: que los ánjeles velen por tu existencia: que el hombre te venere y el cielo te proteja.

DOMINGO SANTOS RAMOS.

Caracas, Noviembre 26 de 1874.

DON CARLOS,

TRAJEDIA EN CINCO ACTOS

POR

Federico Schiller.

(TRADUCCION LIBRE.)

(Continuacion.)

ACTO CUARTO.

(Sala en las habitaciones de la reina.)

ESCENA I.

LA REINA, LA DUQUESA DE OLIVARES, LA PRINCESA DE EBOLI, LA CONDESA DE FUENTES Y VARIAS DAMAS.

Reina. (Levantándose, á la duquesa.) ¿No se ha encontrado la llave?.... Entonces sera necesario abrir de cualquier modo el escritorio.... y eso ahora mismo..... (Reparando en la princesa de Eboli que se acerca y le besa la mano.) Bienvenida, princesa! cuánto me alegra de veros tan restablecida, si bien estais aun muy pálida....

Condesa de Fuentes. (Con malignidad.) Efectos del carácter de la fiebre que ha interesado el sistema nervioso. ¡No es verdad, princesa?

Reina. Grande fué mi deseo de visitarlos, querida amiga, pero no me era permitido....

Duquesa. La princesa, sin embargo, no experimentó falta de buena sociedad.....

Reina. Lo creo.... Pero ¿qué teneis, princesa?.... Estais temblando!

Princesa. Nada, nada absolutamente, señora... Solo os pido permiso para retirarme....

Reina. Nos ocultais estar mas enferma de lo que aparentais.... El estar de pié os fatiga.... Ayudadla, condesa, á sentarse en este taburete....

Princesa. Al aire libre me sentiré mejor..... (Vase.)

Reina. Acompañadla, condesa.... Qué indisposición tan súbita!

Duquesa. (Después de oír á un paje que entra y la

habla en voz baja.) El marqués de Posa, señora, que viene de parte del rey.

Reina. Mandadle entrar.

(El paje se va abriendo la puerta al marqués.)

ESCENA II.

Marqués. (Se acerca á la reina y la saluda hincando una rodilla.)

Reina. (Haciéndole señal de levantarse.) Cuáles son los deseos del rey. Puedo oírlos en público?

Marqués. Mi misión es cerca de vos únicamente.

Las Damas. (Se retiran todas á una señal de la reina.)

ESCENA III.

LA REINA Y EL MARQUÉS DE POSA.

Reina. (Llena de admiración.) Cómo? Puedo creer lo que mis ojos ven? Vos enviado por el rey? cerca de mí?

Marqués. ¡Os parece eso tan extraordinario, señora? A mí, absolutamente.

Reina. Entonces la tierra ha salido de su eje. Vos y él.... preciso es confesar.....

Marqués. Que parece inexplicable..... Los tiempos que corren abundan en fenómenos extraordinarios.....

Reina. Ninguno lo será mas que este.

Marqués. Suponeos que me haya cansado de representar en la corte de Don Felipe el papel de un extravagante. El que quiera ser útil á los hombres debe comenzar por nivelarse á ellos. A qué ostentar el traje de secretario? Además.... ¿quién tiene tan poca vanidad que no busque prosélitos para sus creencias? por qué no he de aspirar yo á colocar las mias sobre un trono?

Reina. De semejante liviandad no os quiero acusar ni por momento. Vos no sois un visionario capaz de emprender nada que no pueda llevarse á cabo.

Marqués. Eso es lo que aun está por resolver.

Reina. De lo que si podría inculparos, marqués, y lo que en vos me extrañaría sobremanera, es.... es.....

Marqués. Acaso ambigüedad? puede ser.

Reina. Falta de injuniedad, al menos. Supongo que lo venís á decirme, no es lo mismo que el rey os ha encargado.

Marqués. No, señora.

Reina. ¡Y puede la buena causa ennoblecer malos medios? ¡Puede, permitidme esta duda, prestarse á ello vuestro noble orgullo? Me resisto á creerlo.

Marqués. Teneis razon, señora. Lejos de pensar en engañar al rey, es mi ánimo servirle con mas lealtad de la que él mismo esperará de mi.

Reina. En eso os reconozco. Basta. Qué hace él?

Marqués. El rey?.... Bien quisiera ahorrarnos esta pena, mas ello es preciso.... El rey me encarga suplicaros no dar hoy audiencia al embajador de Francia....

Reina. ¡Y es eso todo cuanto teneis que decirme, marqués?...

Marqués. A lo menos lo que me autoriza para acercarme á vuestra majestad.

Reina. No quiero ser indiscreta y aspirar á saber lo que quizá deba ser un secreto para mí.

Marqués. Ciertamente, mi reina, mejor es que no sepa lo que pasa, hasta después de disipado el peligro. Verdad es que si no fuérais vos, yo os alertaría y os aconsejaría preavoceros de ciertos hombres. Mas esto es innecesario, y no quiero turbar vuestro sueño. Pero esto no es tampoco lo que aquí me ha traído. El príncipe Carlos.....

Reina. ¿Cómo le dejásteis?

Marqués. Su suerte es la del sabio á quien le prohiben adorar la verdad. He aquí una carta suya.

Reina. (Después de leerla.) Dice que debe hablarme.

Marqués. Esa es también mi opinión.

Reina. ¿Será acaso mas feliz viendo con sus propios ojos que yo no lo soy?

Marqués. De seguro que no, pero su ánimo se dispondrá para tomar una gran resolución.

Reina. No os entiendo.

Marqués. El duque de Alba está nombrado gobernador de Flandes.

Reina. Eso he oido.

Marqués. El rey es incapaz de una revocación..... Pero es un hecho que el príncipe no puede permanecer en Madrid.... ahora menos que nunca, y que no es posible dejar inumolar las provincias.

Reina. Hay acaso algún medio de impedirlo....

Marqués. Sí, uno hay..... tan malo quizás como el peligro mismo que se trata de conjurar.... pero yo no conozco otro.

Reina. ¿Y cuál es ese?

Marqués. Solo á vos, mi reina, me atrevería á descubrirlo.... y solo de vos podrá Carlos oírlo sin que le cause horror.... el nombre ciertamente suena mal.....

Reina. Acaso rebelión?

Marqués. Carlos debe desobedecer á su padre y partir para Bruselas. A su llegada todas las provincias se pondrán en armas como un hombre solo: su sagrada causa ganará mucho con la presencia del hijo del rey: Don Felipe temblará sobre su trono, y concederá á su hijo en Flandes lo que en Madrid le ha negado.

Reina. ¿Hablasteis hoy al rey y sosteneis eso?

Marqués. Justamente por eso.

Reina. (Después de una pausa.) El plan que proponéis me espanta, y me anima á la vez. Creo que no os falta razón.... La idea es audaz.... y por eso misno me agrada tanto..... La meditaré..... ¿La conoce ya el príncipe?

Marqués. Mi deseo ha sido que la oiga de vuestros labios por primera vez.

Reina. Indudablemente la idea es grande... á menos que la excesiva juventud del príncipe...

Marqués. No le hace. El encontrará allá á Egmont y á Oranía, los grandes capitanes de Carlos quinto, tan sabios en el consejo como tremendos en el combate.

Reina. (Con animación.) Cuanto mas pienso sobre vuestro plan tanto mas me agrada..... El príncipe debe entrar en acción; harto comprendo lo ridículo del papel que le hacen representar en Madrid.... Soy completamente de vuestra opinión, marqués, y desde luego le

ofrezco el apoyo de Francia y tambien el de Saboya.... Pero este plan reclama mucho dinero.

Marqués. Esa necesidad está prevista

Reina. Contad conmigo tambien en el particular.

Marques. ¿De suerte que puedo darle á Carlos esperanzas de una entrevista?

Reina. Lo meditaré.

Marqués. Carlos insta por una respuesta.... y yo le he ofrecido no regresar sin ella..... (presentando su cartera á la reina.) Dos líneas solamente...

Reina. (Después de escribir.) Cuándo os volveré á ver?

Marqués. Cuantas veces lo ordeneis, señora.

Reina. ¿Cuantas veces.... yo lo ordene?.... ¿Cómo interpretar tal libertad?

Marqués. De la manera mas inocente. Gocemos de ella, y eso basta, eso debe bastarlos.

Reina. Cuánto me alegrá, marqués, de que la libertad tenga á lo menos ese refugio en Europa.... y que esa gloria sea de él.

Marqués. Bien sabía yo, señora, que vos me entenderíais.

ESCENA IV.

DICHOS, LA DUQ. DE OLIVARES (que aparece á la puerta.)

Reina. (Reparando á la duquesa, con ceremonia.) Los deseos del rey, mi señor, son leyes para mí. Podeis asegurarme, caballero, que serán religiosamente cumplidos.

(Galería.)

ESCENA V.

DON CARLOS Y EL CONDE DE LERMA.

Carlos. Aquí nadie nos oye. Qué teneis que revelarme?

Lerma. Vuestra alteza real tenía un amigo en esta corte.

Carlos. (Turbado.) Ignoro quién sea él....

Lerma. Entonces debo pediros perdón de haber averiguado mas de lo que me estaba permitido; con todo, para tranquilizar á vuestra alteza, debo deciros que mis informes vienen de persona muy leal..... que esa persona soy mismo.

Carlos. Pero de quién habláis?

Lerma. Del marqués de Posa....

Carlos. Y bien?

Lerma. Si acaso conoce algún secreto vuestro que nadie deba saber, como casi lo temo....

Carlos. ¿Como casi lo teméis?

Lerma. Debo advertiros que el marqués tuvo con el rey una conferencia muy privada.

Carlos. De veras?

Lerma. Conferencia que duraría dos horas largas....

Carlos. Ciertamente?

Lerma. Y en la que se trataron asuntos de importancia.

Carlos. Se comprende.

Lerma. Entre otras cosas oí vuestro nombre repetidas veces.

Carlos. Supongo que eso no tenga nada de malo.

una gran diferencia entre ellos y sus lectores, entre su sabiduría y nuestra ignorancia, entre su grandeza y nuestra pequeñez. No discuten, deciden: no argumentan, regañan. Y sus grandes dotes calcinadas, si así pudieramos decir, por el fuego de su soberbia, dejenerando, llegan á hacerse nulas sin haber producido gran cosa. Pero si la critica les siguiera paso á paso, llevando flores para coronarles cuando lo merecieran, y espinas cuvas punzadoras saludables le recordaran las faltas que debieran corregir, ya se ve que para evitar estas, y obtener aquellas, continuarian marchando por el camino de los triunfos hacia la inmortalidad. Entonces serian menos orgullosos pero mas grandes, y sus producciones llegarian á la perfección.

Nosotros, que quizás debíamos temer mas á la critica literaria, atendiendo á nuestra debilidad, y al atrevimiento con que tratamos cuestiones que son tan superiores á nosotros, la deseamos, pues conocemos que los grandes bienes que ella nos di-pensara, compensarian en mucho, la amargura de sus censuras y lo doloroso de sus heridas.

Eso si, para que esa critica sea tal, y para que pueda dar sus buenos resultados, es necesario que sea inspirada por la justicia, dictada por la honradez y la mas severa imparcialidad. Que la envidia, la pequenez y la injusticia no bastarden sus tendencias: que la adulacion, la parcialidad ó la simpatia no la hagan degenerar.

Y si es verdad que es muy dificil ser un critico verdaderamente justo, tambien es cierto, que quien llegue á serlo se conquistara una gloria immense y hará un gran servicio á las letras patrias, y acabará por captarse el respeto y la veneracion de sus compatriotas.

Y no es esto decir que el critico deba ser siempre infalible, sino convenir en que trayendo la critica la discussion, de ella debe nacer necesariamente la luz; y muchas veces saliendo vencedor el autor criticado, habrá sin embargo prestado un gran servicio á las letras el que obedeciendo solamente á nobles fines, haya acometido la critica erradamente.

Recientemente se han publicado en Caracas dos obras. La primera el «Tratado elemental de Higiene», con que el ilustrado y bondadoso doctor José Manuel de los Ríos ha querido obsequiar á sus compatriotas. Obra es esta de una notoria utilidad, sobre todo para las familias, y que la hacen amena la claridad y elegancia de su estilo. Allí se ve al autor estudiar en nuestro clima y en nuestro modo de ser, los secretos de las enfermedades, y prescribiendo ciertas reglas, nos enseña el modo de prevenirlas; todo en un lenguaje sencillo y claro. El Doctor Aristides Rojas, tan amante de las letras, como noble para estimular al talento timido, es el autor de la otra: su título es El Elemento Vasco en la Historia de Venezuela. Pureza de lenguaje, cuadros brillantes, pensamientos levantados, belleza en las imágenes, se encuentran allí reunidos, revelando el cuidadoso estudio que el señor doctor Rojas ha hecho sobre la materia. Esta obra inauditablemente tiene un gran mérito; y tanto ella como la primera, si hubieran sido sometidas al crisol de una critica justa, ambas habrían salido de la prueba coronadas por un triunfo

merecido; y el público, rompiendo con su natural indiferencia las habría acogido con muchisimo mas entusiasmo. Solo uno que otro periódico ha hablado sobre estas dos obras patrias; y puede ser que se pase mucho tiempo para que ellas sean apreciadas en su verdadero valor; quizás antes lo sean en el extranjero; y mientras tanto sus autores no habrán obtenido otra recompensa que la propia satisfaccion de haber enriquecido las letras de su patria. Pero ya se ve que esa satisfaccion apenas recompensa sus desvelos sin estímulos á emprender otros trabajos.

No hay, pues, duda que establecida una critica tal como la hemos descrito, las letras en Venezuela, llegarían á una altura gloriosa, pues en ella encontrariamos todos, enseñanza y estímulo, que es lo único que se necesita para que el talento venezolano se coloque á la vanguardia de la civilización suramericana, así como hace tiempo ocupa el primer puesto en los anales de la historia de la libertad en el mundo de Colón.

NEMO.

MOVIMIENTO LITERARIO.

El primero de Enero vió la luz pública un nuevo periódico consagrado á las bellas letras, cuyo título «El Álbum del Hogar» indica que su objeto es ofrecer á la familia una lectura amena e instructiva. El propósito es laudable y digno de todo enemicio, y no dudamos que nuestra sociedad premiará con su apoyo decidido los esfuerzos del señor Silva Gandolphi

La aparición de este nuevo Semanario es sin duda síntoma de un movimiento literario, que esperamos perdure para bien de esta sociedad. Por nuestra parte celebramos injeramente este acontecimiento, pues debemos confesar que hace tiempo experimentabamos la necesidad de un colaborador en la difícil tarea de rechazar, siquiera con la elección concienzuda de obras provechosas, la invasión incesante de esa literatura que, desleal al sagrado deber de educar las sociedades, combatiendo con el criterio de la benevolencia los vicios de naturaleza humana y levantando en alto el bello ideal según el cual deben organizarse las naciones, solo ofrece en copa, aparentemente de oro, un veneno sutil, cual es el de esas creaciones fantásticas que presentan á la humanidad presa de una lucha desesperante, para la que no hablan medio alguno de reconciliación, y que no puede terminar sino con el aniquilamiento completo de una parte de ella.

De todo corazón apretamos, pues, la mano amiga que «El Álbum del Hogar» tiende á «La Tertulia», y á nombre de la patria felicitamos á su joven Redactor por sus nobles propósitos.

LOS EDITORES.

COLEJO DE SANTA MARÍA.

AÑO 16 DE SU FUNDACION.

DIRECTORES:

Dr. Manuel María Urbaneja—Ldo. Agustín Aveledo
(INGENIEROS.)

ADMITE ALUMNOS INTERNOS, SEMI-INTERNOS Y ESTERNOS.

CARÁCAS.—ESQUINA DE VERÓES.

PROSPECTO.

Instrucción primaria.—Se recibe en una escuela de primeras letras, y comprende: lectura, doctrina cristiana, escritura, aritmética práctica, urbanidad, geografía, historia sagrada y gramática castellana.

II.

Instrucción mercantil.—1.^o Gramática castellana.—2.^o Idiomas: inglés, francés, italiano y alemán.—3.^o Aritmética, Teneduría de libros y conocimientos generales de comercio.—4.^o Geografía, Elementos de Astronomía, Cronología, Historia universal é Historia patria.—5.^o Taquigrafía.

III.

Instrucción científica.—1.^o Gramática castellana (filosofía del lenguaje), Gramática latina, Composición y Versión latinas, Gramática griega y Literatura.—2.^o Las materias necesarias para obtener el grado de Bachiller en Ciencias, á saber: Psicología, Lógica, Ideología, Teodicea, Ética, Historia de la Filosofía, Física, Cosmografía, Cronología, Geografía universal é Historia, primer bienio de Matemáticas, que comprende: Aritmética, Álgebra, Geometría, Trigonometría rectilínea y esférica, Topografía y Dibujo topográfico—Los estudiantes de Filosofía deben seguir durante el trienio de estudios un curso de clásicos latinos.—Los alumnos que deseen obtener el título de Agrimensor en la Academia de Matemáticas, presentarán planos topográficos levantados inmediatamente del terreno, bajo la dirección del Director.—3.^o Botánica y formación de Herbarios.—4.^o Elementos de Zoológia, Jeología y Química.—5.^o Nociones indispensables de Higiene.

CONDICIONES.

La pension mensual de un alumno interno: por alojamiento, mantención é instrucción sucesiva en los diversos ramos de enseñanza expresados, es de V 25. Si se le lava y plancha en el establecimiento, se le cobrará ademas V 5.—La pension mensual de un alumno semi-interno es de V 20.—La pension mensual de un alumno esterno por su instrucción en primeras letras V 4; por la asistencia á una cualquiera de las otras clases V 5.—Las clases de Dibujo natural, Música, Danza y Esgrima son de estipendio particular.

Los semi-internos permanecen en el Colegio desde las seis de la mañana hasta las 7 de la noche.—Los esternos asisten desde las 7 hasta las 10 de la mañana, y desde las 11 hasta las 3 de la tarde.

Los padres ó encargados de los alumnos internos, deben poner en manos del Director á la entrada de cada alumno una carta que designe el facultativo que ha de ser el llamado en caso de enfermedad. Los gastos que se ocasionen por este respecto se pagarán separadamente.

NOTA.—Todas las pensiones se pagarán con anticipacion, por lo cual deberán tener los internos personas en esta ciudad que se encarguen de satisfacerlas el dia 1.^o de cada mes.

CORRESPONDENCIA DE "LA TERTULIA."

Señor Doctor T. A. D.—Calabozo.—Es en mi poder su favorecida de 29 de Diciembre próximo pasado, y los fondos que en ella me avisa. Gracias.

Señor F. P.—Guardatinajas.—Recibida su grata de 17 de Diciembre último, y el saldo del segundo tomo.—Gracias.

Señor M. M. R.—Choroni.—Aun espero el saldo tantas veces ofrecido del primer tomo, y la liquidacion del segundo.

PIÑANGO ORDOÑEZ.

CONDICIONES DE ESTE PERIODICO.

LA TERTULIA.

Aparecerá los viernes, y el valor de la suscripcion anticipado de una mensualidad, será el de un Venezolano.

La mensualidad la compondrán cuatro números iguales en dimensiones al presente, y el tomo, seis mensualidades.

El periódico se remitirá á domicilio. La suscripcion en esta ciudad se obtendrá por medio de los repartidores ó concurriendo á la oficina de su administracion, esquina del Mercado, Imprenta Venezolana.

Los recibos que acreden el abono efectuado en esta ciudad, de las suscripciones, han de estar precisamente autorizados por la firma de los Editores, así: PIÑANGO Y CHIRINOS. En las demás poblaciones los Señores Ajentes quedan autorizados para firmar los que les conciernan.

Para evitar interpretaciones enojosas, declaramos que invariablemente, al suscritor de Caracas que se halle insolvente al terminar una mensualidad, se le suspenderá el envío del periódico mientras no satisfaga la mensualidad atrasada; y respecto de las ajencias se obrará de un modo idéntico, teniendo en cuenta el término de la distancia y las dificultades especiales para la remisión de fondos. Los Ajentes serán responsables en todo caso á la empresa del número de ejemplares que coloquen.

La comision por distribucion y recaudacion es de 16 por ciento.

La TERTULIA admite el canje con todos los periódicos del mismo carácter, nacionales y extranjeros.

LA FABRICA DE CIGARRILLOS CARTA BLANCA,

Ofrece sus nuevos productos. Picaduras, siempre de *Recorte*, superiores, acabadas de llegar. El cigarrillo bien lleno, y ornada la cajetilla con una muestra de la *Estatua del Libertador dorada*.

B. DIAZ y C.[°]

EL COJO

Ofrece al público sus magníficos cigarrillos, siempre consecuente con su divisa:

RES NON VERBA.